



Sor Maravillas de Jesús

NUEVA CARTA DE "UNA COLEGIALA DESENVUELTA,"



Y, señor *Leon Boyd*, no espere que lo que voy á contarle ahora sea una cosa muy alegre! No es que sea tampoco triste, no. Es... ¿cómo le diría yo? Algo que, siendo lo mejor del mundo, lo más perfecto,

lo más ejemplar, dejó en cuantos lo presenciábamos una gran sensación de tristeza. Por lo menos, á mí me entraron unas ganas muy grandes de llorar... y aun, aun no se me ha quitado esta especie de *spleen* que tengo desde entonces.

Yo conocí mucho á Maravillas Pidal; no puedo decir que fuí muy amiga suya, porque, entre otras razones, mi carácter divertido no se avenía bien con la vida de verdadera perfección que hacía ella. ¡Qué buena, qué retribuídísima era! O, mejor dicho, es; porque si bien ha desaparecido para el mundo, sobre la tierra sigue, purificando su alma. Yo se lo decía á mis padres: «Es una santa, es una verdadera santita. ¡El mejor día se hace monja!»

Y mire usted por dónde acerté. El otro día, cuando la veía toda vestida de blanco en el convento de las religiosas carmelitas de El Escorial, me acordaba yo de mis profecías... y sentía haber acertado; porque, claro que ella es feliz, que ha logrado al fin ver convertidos en realidad sus anhelos, y claro que el huerto del Señor se ha visto embellecido con una nueva azucena; pero, ¿y nosotros? ¿Y los demás? ¿No es muy triste no verla más entre las que fuimos sus buenas amigas?...

A mí, pensar en esto me ha llevado á una serie de pensamientos que me han preocupado mucho durante estos días. He recordado, viendo á Maravillas Pidal, mis primeros tiempos del colegio, cuando yo decía que me gustaría ser como *ma mère Therese*. Yo tuve unos años en que creí que tenía verdadera vocación; luego me he convencido de que no, de que hubiese hecho una religiosa imperfecta; pero mi admiración por las monjitas es cada vez mayor, y ahora, en que ya soy persona más formal, no sólo las admiro sino que las envidio y hasta hay momentos en que vuelvo á pensar en aquellas decisiones de mis primeros años.

Si no fuera por...

En fin, le contaré algo de lo que vi el otro día, porque para algo puse toda mi atención y hasta tomé mis apuntes en unas hojitas que llevé escondidas en mi bolso.

La iglesia que, como el convento, está restaurada recientemente, estaba hecha una preciosidad. ¡Qué de flores y qué de luces! En el Altar Mayor había una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Según oí decir era la primera vez que se exponía esta imagen á la veneración de los fieles.

La concurrencia estaba formada por parientes y amigos íntimos de la marquesa viuda de Pidal, madre, como usted sabe, de la nueva religiosa. Yo pude ver á los hermanos de ésta marqueses de Pidal y de Bondad Real, á los también marqueses de Villaviciosa de Asturias, Toca y Santa Cruz de Rivadulla; á las condesas de Torrealanaz, Moral de Calatrava y Vigo; á los condes de Campillo y de la Real Piedad; á las señoras y señoritas de Oriol, Fernández Hontoria, Pidal, Sánchez de Toca, Bertrán de Lis, Uha-gón, Amézaga, Torres, Aguirre y Serrano, y á algunas otras más que, como yo, fueron por su propia voluntad impulsadas por el deseo de ver la toma de

hábito de Maravillas Pidal y Chico de Guzmán.

Primero el obispo de Sión—este prelado tan cariñoso y tan simpático que tantas cosas bonitas nos tiene dichas en sus pláticas del Colegio—, rezó, revestido de pontifical, varias preces de rúbrica; cantó la Comunidad el himno «¡O gloriosa virginum!» y en seguida, detrás de una doble reja, apareció la nueva novicia en una amplia sala, muy blanca, en cuyo fondo se alzaba una estatua de la Virgen del Carmen.

¡Qué emoción tan enorme! De seguro que todos los corazones de los que allí estábamos latían con velocidad y fuerza inusitadas. Allí estaba Maravillas Pidal con su traje blanco de desposada y con



Señorita Maravillas Pidal y Chico de Guzmán.

Fot. Kaulak.

una corona de azahar en el pelo negro, bajo un ligerísimo velo. Con ella habían aparecido las demás novicias y las profesas; aquéllas con mantos blancos, y éstas arrastrando silenciosas los hábitos pardos y blancos de la Orden del Carmelo sobre la alfombra que había sido puesta para la ceremonia.

Maravillas llegó ante la reja y, con los ojos bajos, pero reflejando en su rostro una intensa alegría, se dispuso á contestar á las preguntas del obispo.

Yo lo oí todo perfectamente por la firmeza que tuvieron las contestaciones. ¡Es admirable!

—¿Qué es lo que pides?—le preguntó el señor obispo.

Y ella repuso:

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de las Hermanas.

—¿Quieres ser religiosa de tu propia voluntad?

—Sí, excelentísimo señor; con la gracia de Dios y las oraciones de las Hermanas.

No hubo la menor vacilación en la voz de Maravillas. Y crea usted, señor Casal, que si alguna vez hay momentos en que una leve veladura en la voz está justificada, ninguno como éste tan decisivo en que se renuncia á todo, para consagrarse por entero al servicio de Dios. Pero la vocación de la nueva sierva del Señor era firme y arraigada y por eso sus contestaciones fueron tan claras y, por lo mismo, tan impresionantes.

El señor obispo habló después. Muchas de sus palabras se quedaron grabadas en mi memoria. No se si podré reproducirlas con fidelidad. Alabó el sacrificio de Maravillas, despojándose de todas las galas y bienes terrenales, para postrarse á los pies del Señor y ofrecerle su vida. Le recordó varios sacrificios de Santos varones y le dijo, sobre poco más ó menos, ya al final:

«En la vida religiosa serás feliz, y has de saber que desde ahora hasta que dentro de un año puedas hacer los votos que te han de ligar á esta Orden y á esta Comunidad, te acompañarán las oraciones de muchas personas piadosas, que con las tuyas se encontrarán en la presencia de Dios, adonde llegarás para vivir en la Patria celestial, que te deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

Desapareció un momento la figura nupcial. Maravillas, después de postrarse ante la Virgen del Carmen, marchó al interior del convento. Cuando volvió á presentarse ante nuestros ojos vestía ya el hábito de su Orden. Las hermanas profesas echaron sobre sus hombros el manto y cubrieron con el blanco velo su cabeza.

Y entonces, la novicia—la que desde ahora se llamará Sor Maravillas de Jesús—, dobló su cuerpo sobre el pavimento y quedó largo tiempo inmóvil. Las religiosas cantaron el *Veni creator* y fueron echando, sobre su cuerpo, flores; las campanas repicaron á Gloria.

¡Qué alegría y qué tristeza, todo junto! ¿Es ó no cierto?

Los invitados al acto fueron después obsequiados con un *lunch*.

Yo me escabullí como pude, para no ser indiscreta, y me fuí á la lonja del monasterio, que estaba muy sola y muy hermosa, á ver si me serenaba.

¿Por qué á mí, que me tiene la gente por frívola, se me habían saltado las lágrimas y se me había hecho un nudo en la garganta?

¿Es que me había impresionado de verdad? Sin duda alguna.

Y es que me acordaba entonces mucho de esa noble marquesa viuda de Pidal, que acababa de hacer el sacrificio mayor del mundo, separándose de su hija y que, como había dicho el obispo de Sión, le estaría dedicando en aquel mismo instante lágrimas y oraciones para que un acto tan trascendental se convirtiera en mayor gloria de Dios y bien de su alma.

¿Ve usted cómo no soy tan «modernista» como la gente piensa? Lo que me pasa es que siempre digo lo que siento. Y en esta ocasión me ha hecho pensar y sentir mucho la toma de hábito de Sor Maravillas de Jesús.

Ya va usted así conociendo poco á poco á su afectísima amiga,

UNA COLEGIALA DESENVUELTA

ORACIÓN A ESPAÑA

Honramos hoy estas páginas de VIDA ARISTOCRÁTICA con esta hermosa poesía de Jara Carrillo. Jara Carrillo es un gran poeta, cien veces festejado por sus amigos y siempre admirado por el público. Usando de una frase muy vulgar, pero muy exacta en este caso, diremos que es un poeta de altos vuelos. De altos vuelos y muy español. Por eso nosotros le queremos y le admiramos más.

Ahora mismo, en Murcia, donde reside, dirigiendo El Liberal, acaba de obtener el premio de honor con esta poesía que publicamos, en un concurso literario, del que ha sido mantenedor el maestro Ortega Munilla. Y en la fiesta en que se dieron á conocer las poesías premiadas, Ortega Munilla pronunció un discurso admirable y lindas señoritas murcianas, flores de aquel jardín levantino, leyeron las composiciones que fueron objeto de alta distinción. No pudiendo publicar todas, publicamos seguidamente la del Premio de honor. Es de Jara Carrillo y se titula Oración á España. Leedla.

Entre este raudo y fiero torbellino que hace de la nación un Aventino que el triste pueblo con su sangre baña, con la rama de paz en una mano y en otra el oriflama castellano, en el nombre de Dios saludo á España.

Recios dolores nuestra patria gime, y en vano el triste corazón se oprime, que laceran cual zarpas los agravios; la víbora del mal muerde en su seno, y en vez del alma de Guzmán el Bueno, el odio de Caín ruge en sus labios.

La tierra, que su vientre esteriliza por la fiebre sin fin en que agoniza, con el hosco semblante de la anemia, como Tántalo mira los torrentes, y cual si fuera un rechinar de dientes, parece que pronuncia una blasfemia.

Está triste el hogar; ni hay pan ni flores; los brazos depusieron sus vigores; al pensamiento el fanatismo inmola; el trabajo á la idea hizo enemiga; ¿quién sembró en el trigal, junto á la espiga, si no fué Dios, la flor de la amapola?

Si hasta parece que al embate rudo saltaron los leones del escudo, y hollando los linajes que atesoran, rugieron sus instintos africanos, y en nuestros propios campos castellanos entre sí se desgarran y devoran.

El fuerte, oprime; el criminal, destruye; como tórtola herida, la paz huye; una siniestra mano traza el sino, y ciega, y disolvente, y enconada, destroza la locura desatada las laboriosas aspas del molino.

La embriaguez de la sangre de la guerra, dando tumbos, pasea por la tierra, sin respetar palacio ni cabaña; el infinito, el implacable odio ha vencido al amor, y Monipodio es el señor feudal de toda España.

Se oprime el corazón de tanto duelo; medita el sabio suspirando al cielo; la ignorancia se crece en la tormenta, y la Historia manchada de maldades, hunde la barba gris de las edades en la horrible vorágine sangrienta.

El calvo monte y el lloroso río lamentan de los hombres el desvío, ahogando en sus entrañas el ovario, y sobre las ciudades europeas se hierguen las enhiestas chimeneas como las negras cruces de un calvario.

Huyen los brazos cual disperso enjambre, mientras en el hogar mueren de hambre las madres y los niños sin protestas; y en medio del dolor que lo atosiga,



D. Pedro Jara Carrillo, ilustre poeta.



Srta. María Castaño Gallostra, que leyó la poesía «Oración á España», del ilustre poeta Jara Carrillo, galardonada con el premio de Honor.

camina el pueblo, muerto de fatiga, igual que Cristo con la cruz á cuestas.

Sancho Panza ha vencido en la pelea; emigraron del yermo Dulcinea y el noble caballero Don Quijote, y como héroes invictos de la hazaña, en el flaco rocín de nuestra España, el cómitre subió y el galeote.

Basta ya, corazón de odios y agravios; haz el tierno cantar flor de los labios; el Sol el llanto de los ojos lleve; que desnuden sus almas las regiones, y en el altar de las renunciaciones el pueblo á España una oración eleve.

Una oración en que el incienso sea el humo eterno de la eterna idea, ardiendo el fuego del cerebro humano; el recio golpe del taller vibrante, las espumosas hélices de Atlante, el canto alegre del obrero ufano;

el rumor del trájín que en las montañas explora sus auríferas entrañas; el torrente hecho manso dromedario que recorra del yermo los confines y que deje sus huellas de jardines en lo que fué desierto solitario.

El susurrar del agua en el barbecho y el gemir de la noria que abre el pecho á los campos sedientos de Castilla; y al eco de las trémulas cigarras, las coplas melodiosas y bizarras de los bravos labriegos en la trilla.

Que alienten las adustas chimeneas flotando en sus penachos las ideas, igual que un repicar de campanarios; y á ese toque de gloria confundidos, los hombres y las máquinas unidos, sean como invencibles Sagitarios.

Una oración viril sentida y fuerte que nos hable de vida y no de muerte, que huelga á flores y á despensa llena; de noble trazo y de rotunda traza; que tenga todo el eco de la raza con el sordo rumor de la colmena.

Española y cristiana arrulladora, honda, leal, altiva y triunfadora como nuestra bandera y su blasón; que mire al cielo y que en la tierra aliente; que germinen sus ritmos en la frente, pero que los caliente el corazón.

Y viendo que deshecho el torbellino ni hay plebe, ni hay señor, ni hay Aventino y que el pueblo la herida se restaña, con la rama de paz en una mano y en otra el oriflama castellano en el nombre de Dios, saludo á España.

P. JARA CARRILLO.



Srta. Conchita Gallostra y Coello de Portugal, que leyó la poesía del Sr. Sobejano.



Srta. Luisa Manresa Llopis, que leyó la poesía de D. Juan Sausano Benisa.



Srta. María Luisa Pardo, que leyó la poesía de D. Fermín Gil.



Srta. Ana Casalms, que leyó la poesía del Sr. Trinchan.

Fiesta de la Cruz Roja en Santander

EN Santander es costumbre tener buen corazón.

Una de las Instituciones benéficas que más desarrollo han adquirido en esta ciudad es, sin duda alguna, la de la Cruz Roja, cuya acción tanto bien produce ya en toda la montaña. Las más distinguidas damas santanderinas le prestan su concurso económico y personal; pero esto no basta y, á semejanza de lo que se hace en otras poblaciones, es preciso organizar espectáculos que contribuyan, con sus productos, al mantenimiento, mejora y difusión de la simpática obra.

Surgió recientemente la idea de una función benéfica en el teatro Pereda. Y, de la iniciativa á la realización, tardóse, puede decirse, lo que tarda en florecer un capullo de rosa. Se eligieron las obras, formóse el cuadro artístico con distinguidos aficionados, que abordaron su empresa con entusiasmo, y vendiéronse rápidamente todas las localidades del hermoso teatro.

¿Qué pasó? Fácil es adivinarlo; que la sala de Pereda estaba el día de la función resplandeciente de luz y de caras bonitas, y que la función fué un completo triunfo para sus organizadores y para los jóvenes aficionados que se acreditaron como actores de primer orden, dignos de las mayores alabanzas.

Constituyó la parte principal del espectáculo la representación de la célebre comedia de Lope de Vega, *La moza de cántaro*, en la que sus intérpretes cuidaron tanto de la ajustada dicción y acción apropiada, como de la presentación artística y rigurosamente histórica.

Ante todo mereció atención y elogio la labor de la señorita Luisa Piñeiro y Riquelme, que dió vida, de modo admirable, al personaje de Doña María de Portocarrero. Vestía un traje de época, muy bien entonado, que parecía estar copiado del que luce la Reina doña Margarita en el retrato, atribuido á Bartolomé González y á Velázquez, que figura en el Museo del Prado.

En la señorita de Piñeiro y Riquelme, que estaba muy guapa y

tuvo momentos de verdadera inspiración dramática—siendo siempre excelente actriz—, concurría además una feliz circunstancia. Por su madre—Riquelme y Manrique—, es descendiente de D. Juan Pacheco y de la propia D.^a María Portocarrero, cuyo personaje encarnaba.

Fué, con justicia, muy aplaudida durante toda la obra, compartiendo con ella los calurosos aplausos D. Alberto Colomer, que representó muy bien á Don Pedro Portocarrero; las señoritas Conchita López Faci, Casilda y Magdalena Gómez Acebo, Tinina Hoppe, María Diestro, María Corcho, Marita G. Trevilla—que hizo una Doña Ana deliciosa—, Josefina de Alvear, Lucrecia Agüero, Gracita Flórez Estrada y Aurora F. Bedía. La doncella de Doña María, las mozas del mesón, la dichosa Doña Ana y las mozas de cántaro desfilaron ante los admirados ojos de la concurrencia, pregonando la belleza de las hijas de la Montaña.

Pues, ¿y ellos? Ramiro Pérez Herrera, en el Mesonero; Eduardo de Alvear, en El Milano; Eduardo Casanueva, en El Gafa; Jesús Corcho, en El Tolín; José María G. Trevilla, en El Indiano; Antonio Cabrero, en El Conde; Antonio Gorordo, en el Don Juan; Tomás y Ernesto Alday y Juanito Cabrero, en los arrieros y estudiantes, y otros distinguidos jóvenes, probaron sus aptitudes excelentísimas.

Una nota fué digna de hacerse resaltar: lo bien de-

clamada que estuvo toda la comedia. El verso en el teatro se dice cada vez peor. Cada vez son menos los actores que saben dar á un parlamento en verso la entonación apropiada y el vigor que requiere; el sonsonete se apodera de ellos, la vulgaridad les ahoga y no transmiten al público emoción estética alguna. El caso de un Ricardo Calvo, un Morano ó una María Guerrero, se da poquísimas veces. Por eso es más de alabar el hecho de que unos aficionados inteligentes supiesen dar cima, tan brillantemente, á la difícil labor que se habían impuesto.

Después se representó un cuadro regional *La jaldía*, que también fué calurosamente aplaudido. Aquellos aldeanos de la Montaña, cantando y bailando en plena romería, y aquel viejito murrullero relatándole cuentos á mozos y mozas, hicieron pasar al auditorio un inolvidable rato.

El viejo era Flavio San Román; las mozas, Conchita L. Faci, Lucrecia Agüero, Josefina Alvear, Carmen y Angeles Cabrero, Elvira Camino, Carmen y Mercedes Mazarrasa, Casilda y Magdalena Gómez Acebo, Amparo y Rosario Burgués, María Corcho, Concha Botín y Elena Illera; y los mozos, Casanueva, Cabrero, Corcho, Mazarrasa y Pepe Herrera.

¡Las veces que tuvo que levantarse el telón al terminar la brillante fiesta! Y ya no sólo los afortunados actores tuvieron que salir á recibir el homenaje del aplauso, sino Ramón de Solano, que

había dirigido la compañía que interpretó *La moza de cántaro*; los Sres. Cortiguera y Alvear, que dirigieron la escena montañesa; el apuntador Felipe Resines y el traspunte Paco Iztueta.

Cuando la divertida y satisfecha concurrencia abandonaba el teatro de Pereda, sobre los organizadores y actores de la fiesta llovían las felicitaciones. Y unos y otros no podían ocultar su satisfacción, porque, merced á la brillante fiesta, la obra de la Cruz Roja podrá tener nuevo impulso y producir, por tanto, nuevos bienes.

Una linda fiesta honrosa y... productiva. ¡Viva la Cruz Roja! ¡Y viva Santander!

J. DE MENDOZA.



Aristócratas santanderinos que tomaron parte en la representación.



Las señoritas de Trevilla y Piñeiro y señores Gorordo y Cabrero, en una de las escenas.



Las lindas señoritas santanderinas en un cuadro montañés.

Fot. Samot.

El teatro de la Princesa fué testigo el otro día de una brillantísima fiesta que tuvo el especial encanto de su carácter benéfico. Fué organizada la interesante función á beneficio del Taller de Nuestra Señora de la Esperanza, de la Asociación de Santa Rita, cuya presidenta es la señora de Luca de Tena.

El público respondió al llamamiento de la distinguida dama y así palcos y butacas se vieron completamente ocupados por una selecta concurrencia, al frente de la cual figuraba S. A. la Infanta Doña Isabel.

El espectáculo resultó interesantísimo. Primero se representó la notable comedia de Ventura de la Vega *El hombre de mundo*, que fué primorosamente vestida, estrenando todos los aficionados actores trajes de la época de 1850.

Rosario Muro demostró una vez más lo que todos sabemos: que es una excelente actriz; compuso maravillosamente el papel de la casada Clara y lució muy elegantes vestidos. Tanto ella como Lolita Comas y Teresa Hernández fueron llamadas á escena repetidas veces.

Los señores López Montenegro, Soler, Morán y Del Arco contribuyeron al éxito y fueron muy aplaudidos asimismo.

La adaptación del ilustre Martínez Sierra, que quiso regalar las primicias del paso de comedia *Con buen fin*, á tan consumados artistas, es un asombro de gracia y de finura, y el autor tuvo que salir re-

petidas veces á escena con sus intérpretes, señoritas Muro y Comas y el Sr. López Montenegro.

Fué en suma la brillante fiesta un éxito completo, por el cual han sido felicitadísimo la señora de Luca de Tena y sus inteligentes y eficaces auxiliares.

¡Qué admirable labor la de estos talleres de caridad, que tanto bien reportan, incesantemente, á las clases necesitadas!

Un día es el de Nuestra Señora del Carmen, otro el de Santa Victoria, otro el de la Esperanza... Y todos, todos hacen la felicidad de los pobres con miras absolutamente altruistas y con un entusiasmo digno del mayor elogio.

Por eso consuela ver que el público responda, como ahora ha respondido, á todo esfuerzo encaminado á fines tan ejemplares.

* * *

Los distinguidos diplomáticos sudamericanos que vienen á España en cumplimiento de sus deberes oficiales, establecen siempre, al poco tiempo de vivir entre nosotros, una verdadera relación de confraternidad con las personas que forman nuestra sociedad aristocrática.

Es natural que así sea. Por nuestras venas y por las suyas corre la misma sangre. Nos une el aliento de la misma raza: de esta raza, ardiente y noble, im-

pulsiva y generosa, que ha sido, en ocasiones memorables, pasmo del mundo.

Los embajadores ó ministros, secretarios ó agregados de las Repúblicas de la América del Sur, disfrutan siempre entre nosotros de grandes simpatías.

Sin duda alguna, son de los más queridos y apreciados hoy en Madrid el secretario de la Legación de Chile y la señora de Alvarez de la Rivera. Ellos supieron, en muy poco tiempo, hacerse acreedores á estos sentimientos de afecto, de que hoy disfrutan.

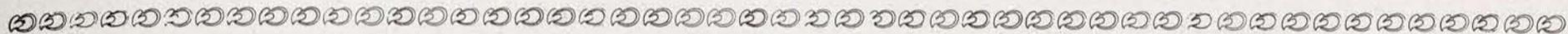
Hace unas tardes, los señores de Alvarez de la Rivera obsequiaron con un magnífico te á sus amigos.

Fué una fiesta brillante. Al frente de las muchachas, á quienes permitió bailar la amable dueña de la casa, encontrábase la hermana de ésta, señorita Marta Smith, que es una damita encantadora.

Además de algunas bellas damas chilenas asistieron á la reunión las marquesas del Albaycín y Tenorio, condesas de Buena Esperanza y viuda de Vistaflorida, Mme. Scassi y su bella hija, señoras y señoritas de Vistaflorida, Icaza, Jaeger, Errazuriz y Calleja, muchas diplomáticas y otras personas conocidas.

Las horas pasaron sin sentir en la agradable residencia, donde parece que hizo la elegancia uno de sus mejores nidos.

La señora de Alvarez de la Rivera, auxiliada por su encantadora hermana, hizo los honores con amabilidad.



Fiesta en un aristocrático patio sevillano



Sevilla resplandeció, con alegres fiestas, con motivo de la visita de la Reina Doña Victoria, durante la última feria. Una de las más alegres y brillantes fué la celebrada en la residencia del Sr. Sánchez-Dalp. Ved ahí el patio clásicamente español, porque es típicamente andaluz. Las hileras de farolillos de colores uniendo, como guirnaldas, las columnas; la yedra, las plantas, las caras bonitas, los pañolones de colores, las altas peinetas. ¿No es todo ello una maravilla de arte que hace bendecir á Andalucía? Bendita sea la hermosa región y quienes saben honrarla.

Los jazmines de una reina

(Páginas escurialenses)

I

SITUADA en un altozano y al Poniente de la fundación de San Lorenzo de El Escorial, hállase situada en sitio por demás agradable y pintoresco, lo que las crónicas del Cenobio filipense apellidan el Casino del Infante y el vulgo conoce por la *Casita de Arriba*.

Es un edificio de un solo cuerpo, de planta cuadrada, con ligero movimiento de líneas en su silueta, construido de piedra berroqueña y que no carece de graciosa elegancia; siendo posible que en su edificación y traza interviniera el insigne Villanueva, que á la sazón levantaba en el Real Sitio la Casita del Príncipe ó de Abajo, mandada construir á su costa por el Príncipe D. Carlos, más tarde cuarto Rey de este nombre.

Edificada por mandato y á expensas del Infante D. Gabriel, la Casita de Arriba, en aquel reinado de Carlos III, en que el afán y deseo de edificar tomó gran desarrollo, siguiendo las iniciativas del Monarca, una Reina cuya modestia y piedad son conocidas, fué la que arregló muchos años después y á su gusto este palacete, estancia regia de descanso y solaz, mandando que en el jardín que circundaba al edificio, se formase una enredadera de nomeolvides (*vergis meinth nitch*), dentro de cuya bóveda hubiese un camarín de nítidos jazmines, flores que durante muchos años del último tercio del pasado siglo, y ya desaparecida la enredadera fueron el atractivo y capricho de nuestras madres y abuelas, que frecuentaban cotidianamente y como obligado paseo la Casita de Arriba, rodeada de frondoso bosque y típicos *parterres* con abundantes flores, y desde cuyo sitio, mutilado por la acción del tiempo y el abandono de los hombres, aunque lo hayan cuidado manos oficiales, disfrútase agradable panorama, siendo centro de reunión, en la época á que me refiero, de las distinguidas familias de la buena sociedad madrileña que formaban la colonia veraniega por aquel entonces.

Los plácidos atardeceres del estío, tenían sus encantos en aquel recinto. Muchos de los matrimonios que hoy alternan en sociedad, tuvieron su origen en el Casino del Infante, y si hoy subsistieran ¡aquellas plantaciones de jazmines, ¡cuántas historias de amores podrían referirnos!, pues nadie salía de aquella sugestiva estancia sin una flor de jazmín entre sus manos.

Estos jazmines tienen su historia, efímera, como todas las cosas de este mundo, pero interesante, y que voy á referir.

II

Corría el año 1820.

El 15 de Septiembre del año anterior, partieron al galope con dirección á España los poderosos caballos de una silla de postas, que conducía á la que fué tercer esposa

del Rey D. Fernando VII, la Princesa de Sajonia María Josefa Amalia, hija del Príncipe Maximiliano.

Firmadas que fueron las regias Capitulaciones, en presencia de los duques de Montemar y de San Fernando, condes de Miranda y Colomera, marqueses de la Concordia y de las Amarillas, capitanes

La juventud y belleza de la Princesa despertaron gran interés en el pueblo madrileño, que creyó asegurada la sucesión del trono—dos veces frustrada en los anteriores matrimonios del Rey Fernando con doña María Antonia de Nápoles y doña Isabel de Braganza—, á pesar de la angustiada frase que D. Juan Escóiquiz al contemplar la dulzura ultraceleste y el tinte melancólico de la gentil princesa sajona, pronunciara: «Esta niña es un ángel, que trae de Alemania la nostalgia del Cielo».

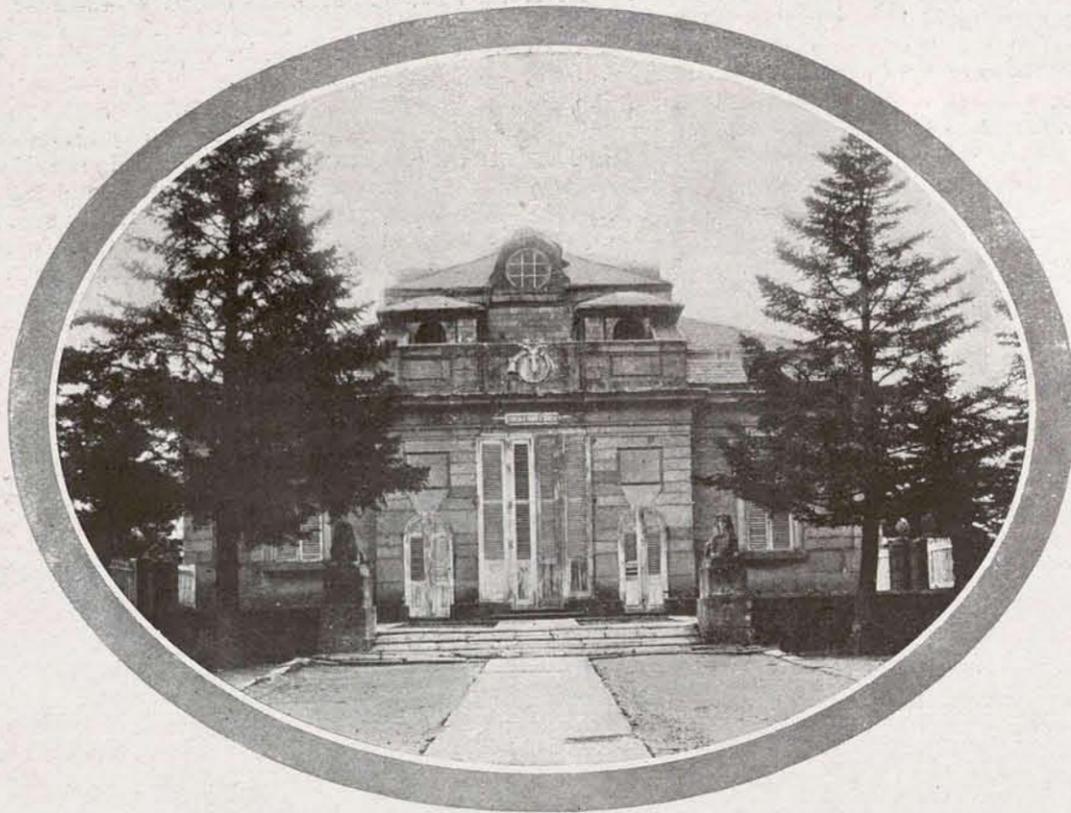
Y así fué, en efecto.

Una niña, María Amalia, cuando dejó su país natal. Alma pura, preparada para el Claustro mejor que para el Trono, amaba las flores y los pájaros con deleite, y el día que cambió su infantil atavío por el traje de novia, abandonando su jardín y su gabinete de soltera, prometió á sus deudos y servidores que le ofrecieron una flor simbólica de nomeolvides, un *vergis meinth nitch* orlado de jazmines, no olvidarlos en la vida de Corte que se la presentaba.

La Corte adelantó aquel año la jornada para que la Reina María Josefa Amalia satisficiera cuanto antes sus vivos deseos de conocer el Escorial, y desde el mes de Mayo habitaba los aposentos reales que forman parte del Monas-

terio escurialense. La Reina se ocupaba en terminar las obras del tabernáculo, mutilado durante la invasión francesa, atendía con solícito cuidado al mejor esplendor del culto, cuidaba del adorno y de la existencia del templo, haciendo que el púlpito de alabastros que existía en el Real Monasterio de Parraces, se desarmara y trajera al Escorial construyéndose, con los materiales de aquél y otros que se añadieron, los dos púlpitos que hoy se contemplan y tanto disuenan de la gravedad del Templo; dedicada, en fin, la Reina Amalia, á ejercicios de devoción y de piedad, aliviaba infortunios y empleaba cuantiosas sumas, y hasta el producto de sus alhajas, en aumentar el tesoro de la Iglesia, encargando una rica custodia de oro y piedras preciosas, y para nada intervenía en la gobernación del Estado, poniendo todo su antojo en que se arreglase á su gusto la Casita de Arriba, que la recordó, sin duda, por su situación á la falta del monte, su casa de Sajonia.

Al efecto, la Comunidad de Jerónimos, cedió el terreno necesario para rodear de bosque el jardín de la Casita de Arriba, construyéndose entonces las tapias que la limitan de la Herrería; se recogieron las aguas del arroyo que bajaba de los montes de San Benito y Machota, se construyeron las fuentes y el estanque, dispúsose el Cenador, y al realizarse todas estas obras y pensar en el alhajamiento del edificio, de acuerdo con los dibujos ideados por la Reina, se comenzó á formar la bóveda y templete de los *vergis meinth nitch* orlados de jazmines, que ofreció no olvidar la



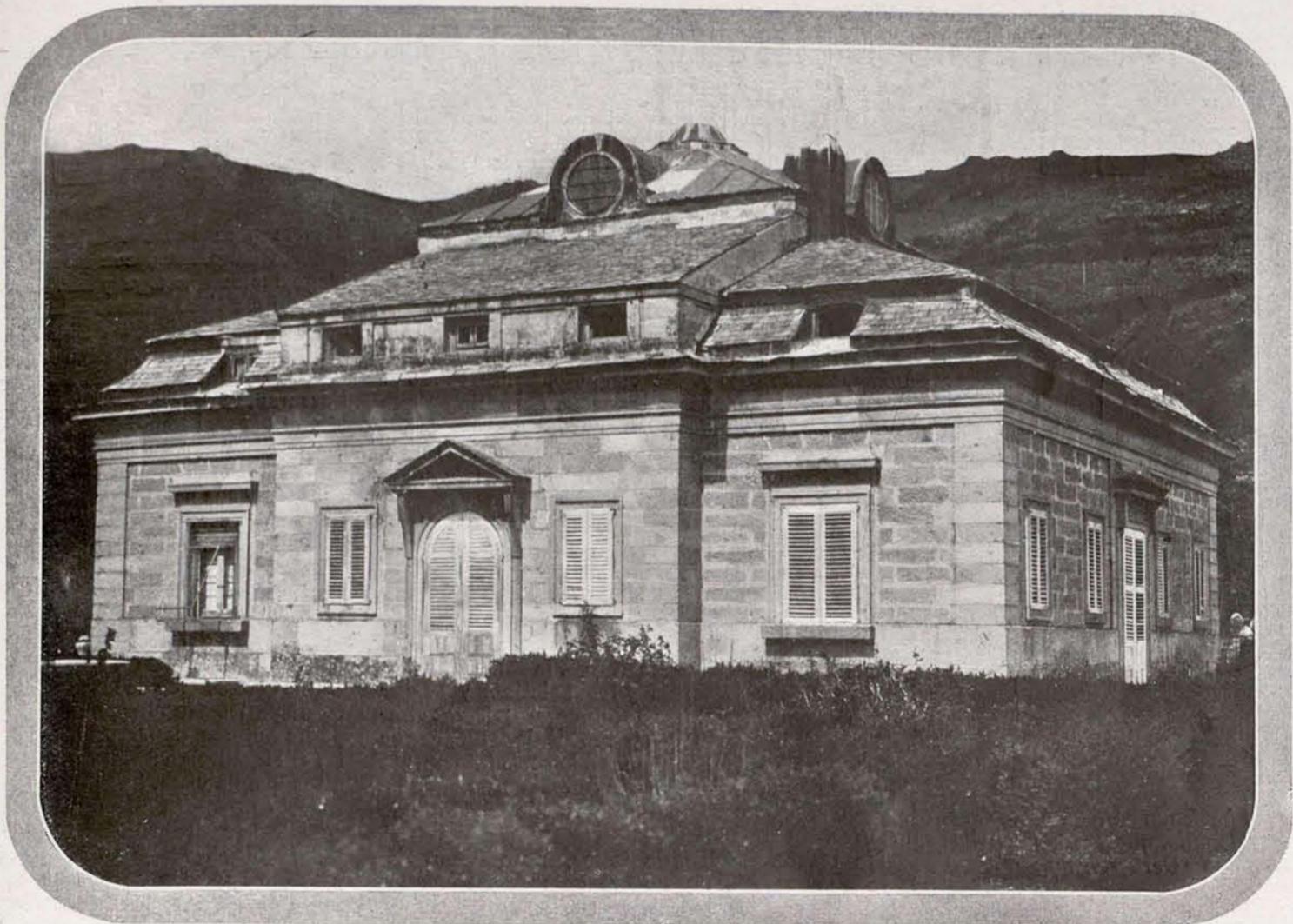
Casita de arriba, Real Sitio de El Escorial, fachada principal.

generales Castaños y Palafox y del corregidor de la Villa y Corte, D. José Manuel de Arjona; el día 20 del siguiente Octubre, hizo su entrada en Madrid la nueva Reina, cuya carroza llevó á brazos la manolera desde la puerta de Atocha hasta Palacio.



Retrato de la reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia, tercera esposa de D. Fernando VII.

(Cuadro de D. Vicente López, existente en el Museo del Prado.)



El Escorial.—Casita de arriba, fachada del Norte y Levante.

Princesa cuando abandonó su Patria para ser Reina.

Y allí, en aquel recinto, donde la jardinería de aquel tiempo hizo prodigios de floricultura, especialmente en el cenador y camarín de jazmines que la Reina dispuso levantar en torno á la fuente que existe en el centro del parterre y cuyas bóvedas se enlazaban con las ramas del seto vivo, también de jazmines, que rodeaban toda la Casita, su jardín central y la escalinata que cierra el parterre por el lado de Levante—magnífico balcón desde donde se contempla soberbio panorama—, la Reina Amalia pasaba los días de jornada desde Mayo hasta Noviembre en tan ameno sitio por ella embellecido, hasta que

llegó el momento fatídico de su muerte, acaecida con sentimiento general del pueblo el 17 de Mayo de 1829. En el mes de las flores y rodeada de ellas, fué sepultada el día 21 de dicho mes, en el Panteón de Infantes de El Escorial...

III

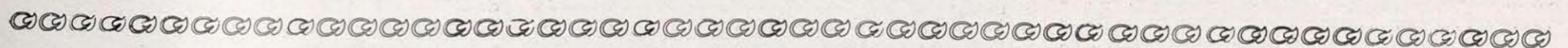
Todavía existe la Casita de Arriba. Pero cerrada y dedicada á servicios forestales, hace ya mucho tiempo que desaparecieron las flores y los jazmines y ya no es tampoco el paseo predilecto de El Escorial.

Hoy hace falta más oxígeno, paseos más accidentados, la vida es más movida, aunque menos entre-

tenida y de ilusiones que aquella tranquila y un si es no es romántica de nuestra juventud, y desde las *Horizontales* de El Romeral y otros modernos paseos se contempla solitaria y abandonada la Casita de Arriba, de la cual antaño cogíamos jazmines á escondidas del guarda. ¡*Vergis meinth nitch!* ¿Quiénes de cuantos vayan al Escorial tendrán una plegaria para la bondadosa Reina de cuyos jazmines no existe ya más que el recuerdo que ahora se les tributa en estas páginas?

LUIS MARÍA CABELLO LAPIEDRA,
Arquitecto.

Abril, 1920.



ASÍ... Por Patrocinio de Biedma

*A mi querida hija política
Sise Pastor de Rodriguez de
Biedma.*

Que ¿cómo es la mujer de mis ensueños?...
No podré, aunque quisiera, bosquejarla...

No se pinta lo vago, lo impalpable;
no cabe el ideal en la palabra.

Lo mujer que yo sueño ha de ser bella,
de suave risa, de modesta gracia;
no gusto de arrogantes altiveces,
prefiero las violetas á las dalias.

Noble de corazón y sentimientos;
sencilla en su ternura; delicada;
seria en su trato, de elegante porte
de dulce voz, de inteligencia clara.

Ni humilde ni orgullosa, convencida
de que es su dignidad prenda del alma
que eleva el corazón sin enfriarlo,
que afirma la bondad sin ocultarla.

En ella quiero hallar la fiel amiga
que inspira fe, cariño y confianza,

no la muñeca insustancial y necia
esclava siempre de su linda cara.

La mujer que yo sueño ha de ser mía
de corazón, de espíritu y de alma,
sin que ajeno poder desatar pueda
los lazos que anudó la confianza.

Yo no admito una parte en el cariño;
si todo no ha de ser no quiero nada;
¿qué vale la pasión si se limita?...

¿Qué vale el sacrificio si se tasa?

Puesto que yo he de dar el alma entera
necesito también toda su alma;
no un amor que vacila y palidece
y á la menor contrariedad se apaga.

Para la realidad de mis ensueños
yo quiero en la mujer enamorada
su voluntad pendiente de la mía,
pendiente el corazón de mis palabras.

Yo la presento así: cual se presente
de la rosa la esencia delicada,
como del sol los rojos resplandores
en la rosada claridad del alba...

Y así la busco yo... Toma el deseo
esa apariencia deliciosa y vaga
del ideal que mi razón persigue
en la mujer por mi ilusión soñada.

¿Pero en la realidad dónde se oculta?
¿Adónde habrá que ir para encontrarla?...
¡Sombra, ilusión, felicidad, ensueño,
revélame tu sér!... ¡Mi amor te llama!...

Para hacer de dos vidas una vida;
para fundir dos almas en un alma,
y crear un hogar y una familia
que vaya al porvenir y honre la raza,
así ha de ser esa mujer modelo
que sueña el hombre y con amor la llama:
así fueron las madres de los héroes,
así las ricas-hembras castellanas.

Y así, huyendo de lazos modernismos,
debe ser siempre la mujer de España:
sencilla y buena; inteligente y culta,
trasunto fiel de la mujer cristiana.

Cádiz, 1920.

En las Carreras de caballos

Cartas de "El duque... Incógnito"



La Infanta Doña Isabel haciendo entrega á S. M. el Rey de la copa por ella donada, que ganó el caballo «Román», en la carrera «Derby-Aranjuez».

Ay, Casal; cuán lejanos los tiempos de las Carreras de caballos que despertaron en mí la afición! Usted es muy joven y no se acordará. Yo sí, yo tengo que acordarme porque fueron para mí una verdadera obsesión y me costaron unas cuantas pesetas.

Era la época en que hacían furor en Madrid dos espectáculos: las Carreras y el juego de pelota. Y entre el Hipódromo y los frontones—aquél Irún, aquel Portal—se repartían mis aficiones deportivas.

Yo fui, me acuerdo, francamente partidario de la cuadra de Villamejor que, desde el principio, fué una de las mejor cuidadas y atendidas. Y ya ve usted el resultado; es una de las pocas que, al través de los tiempos, ha conseguido mantenerse en primera línea.

Entonces aun vivían mis padres; muy viejecitos, eso sí, pero vivían. Y yo me divertía de lo lindo. No prescindía del *mail-coach*, ni de detalle alguno. ¡Si le dijera que hasta tuve una cuadra muy notable que me consiguió varios premios!

Pero luego perdí la afición, lo confieso. Aquí, en España, decayó notablemente la fiesta, y, en mis viajes á Francia, sólo por compromiso fui algunas tardes á Longchamps ó á Chantilly, llevado más por el deseo de ver á las mujeres elegantes que por la curiosidad de presenciar las Carreras. ¡Y eso que una vez se trataba del Grand Prix!

Todo cambia, sin embargo, ó, mejor dicho, todo vuelve. Porque al renacer ahora, merced á los esfuerzos de la Sociedad para el Fomento de la cría caballar, y merced á la protección decidida del Rey, la animada fiesta deportiva, he sentido que la sangre, encendida por los tibios aromas de la Primavera, latía en mis venas con más ardor; me he rejuvenecido espiritualmente, y con mis años y mis achaques—que tampoco son tantos, no vaya usted á creer—, he formado el propósito de no perder ni una sola de las sesiones de Carreras de Madrid y Aranjuez.

Y como me lo propuse lo estoy cumpliendo. ¿Que el primer día fué en Aranjuez? Pues allá me fui yo, con mi chaquet y mi sombrero grises, mis botines y mis guantes blancos, mi flor en el ojal, mis gemelos dentro del estuche de cuero claro llevado con finas correas en bandolera, mis conocimientos teóricos... y mis recuerdos.

Allá me fui, amigo Casal, y le anticipo que pasé una buena tarde, entre otras cosas, porque pude advertir cómo ha recobrado esta fiesta toda su perdida brillantez y cómo las cuadras españolas pueden competir—ya sé que compiten—con las mejores extranjeras.

Fué, á mi juicio, un acierto dar vida al Real Hipódromo de Aranjuez. El sitio no puede ser más hermoso; el típico paisaje de aquellas alamedas de las riberas del Tajo,

«cuyas aguas tan limpias los reflejos del Sol van recogiendo

para ofrecerlos luego, cual Tesoro, al padre mar, en su insondable lecho»,

ofrece siempre perspectivas que parecen nuevas. Y el otro día la perspectiva que á mi vista se ofreció no pudo ser más encantadora. El magnífico Hipódromo, tan grande y tan elegante, conservando al propio tiempo la rusticidad propia del sitio en que se halla enclavado, se ofrecía ante mi vista, destacando las blancas líneas de sus vallados. Más allá, esos grupos de árboles tan característicos de aquel terreno; al fondo, los montes toledanos.

En la hermosa calle de plátanos había dispuesto el Ritz las mesas para el almuerzo. Todas estaban llenas; tanto que yo tuve que aceptar un puesto á la mesa de un joven matrimonio argentino, recién llegado á España; simpático y comunicativo, él; guapa, guapísima, ella.

Acababan de llegar los Reyes, la Infanta Isabel, los hermanos de la Reina y los palatinos y se disponían también á almorzar. Entonces—¡pícaras obligaciones de la amistad!—me acordé de usted, amigo Leon Boyd. Juzgué que á usted le sería interesante saber con quiénes comían los Soberanos. Saqué mi lapicero y desde mi mesa fui viendo y anotando nombres.

No respondo bien de todos, porque mi vista ya está cansadilla y no era cosa de utilizar los



La Reina con los marqueses de Carisbrooke paseando por el «stand».

gemelos; porque lentes ni uso ni usaré en mi vida. Creo que avejentan.

En una mesa estaban el Rey, la marquesa de Carisbrooke, la duquesa de Talavera, los marqueses de la Torrecilla y Viana, D. Joaquín Santos Suárez, el general Huerta y el coronel del Regimiento de María Cristina, Sr. Espinosa. En otra mesa, la Reina, la Infanta doña Isabel, el marqués de Carisbrooke, el Infante D. Fernando, el marqués de Bendaña y las señoritas de García Loygorri y Bertrán de Lis. También almorzaban con S.S. MM., pero no recuerdo en qué mesa, el Príncipe Ludowinski—muy distinguido polaco á quien después me presentaron—, el duque de las Torres y el conde de Torre Arias.

En las demás mesas había hasta unas trescientas personas. ¡Imposible decir quiénes! Sin embargo, en una de ellas descubrí á Valdeiglesias. Y el infatigable Alfredo Escobar, tan conocedor de nuestra sociedad y de sus novedades, me facilitó amabilísimamente la labor. ¡Mire, Enrique, que yo en estos trotes!

Había mesas internacionales, como la de unos distinguidos norteamericanos, en la cual, además de Mrs. Rowe Shornett, que acaba de regresar de Sevilla con miss Pauline Mc. Morran, que es lindísima, en contrábanse la baronesa de Wöelmont, con su herma-

na, que pronto van á dejarnos; Mlle. Tisseyre, los señores de Palmer, con su madre; el Encargado de Negocios de Noruega y Mr. Meville.

Aquí ó allá el general y la generala Borbón, con sus hijas la encantadora Blanquita y la marquesa de Balboa; los duques de la Victoria, los príncipes Pío de Saboya, los marqueses de la Torre, los señores de Bascaran, el conde de la Cimera, el marqués de Baztán, el general Miláns del Bosch y sus hijas; la señora Sempérn de Gallo, con la condesa de Fuenteblanca; el ministro de Gracia y Justicia, con la señora de Garnica y sus hermanas; las señoritas de Figuera y Perales; la escritora inglesa Mrs. Crayton Glyn, el marqués de Castell Bravo, señora de Chavarry (don Romualdo), con su hermana la señorita de Rodríguez Codes, Pepe Alonso Martínez, el marqués de Moratalla y otras muchas personas.

Las horas del almuerzo transcurrieron deliciosas. No faltó ni el sexteto, escondido entre los árboles.

Mis compañeros de mesa estaban encantados. Tanto simpaticé con ellos, que juntos nos fuimos al Hipódromo, llegada la hora de las Carreras. Realmente, el Hipódromo de Aranjuez es uno de los más bonitos que he visto. La tribuna regia, que surge entre flores, es también preciosa. La dama argentina se complacía en ir hundiendo sus piecitos en la blanda alfombra de la pradera. Me sentí un chico junto á aquellos jóvenes esposos que confraternizaban conmigo; sin embargo, un momento en que ella, ligera como un galgo, echó á correr perseguida por él, que, al fin, la cogió, ciñéndola por la cintura, me demostró que entre ellos y yo había la misma diferencia que entre esas tiernas acacias ó esos rosales cuajados de flor y los centenarios arbustos, que conocieron á Goya y ostentan su ancianidad gloriosa junto al Hipódromo, con la misma altivez, pero sin la misma lozanía, que las acacias y las flores.

Pronto se fué animando el Hipódromo. Estuvimos primero en las apuestas, ¿cómo no? Dimos luego una vuelta, para ver algunas *toilettes* y, al fin, nos instalamos en una tribuna.

Las Carreras se celebraron luego con gran animación. Fueron un gran triunfo para la cuadra del duque de Toledo. Entre otros premios, el caballo *Román* obtuvo el Derby de Aranjuez, consistente en una copa de la Infanta Doña Isabel, más 4.000 pesetas, más el importe de las matrículas.

Tanto me gustaron las carreras, que el día 16 volví. No tuve tiempo de almorzar allí, porque tenía invitados en casa, pero fui luego en el *auto* de Manolo—ya sabe usted quién digo—, y llegué á tiempo de ver las Carreras y el concurso de caras bonitas de la concurrencia.

En resumen, amigo mío: qué pocas veces como ahora he sentido tanto no estar alrededor de los treinta años... ¡y lo pasado, pasado! Y es que le diré á usted: yo creo que jamás ha habido en la sociedad de Madrid tantas chicas guapas. ¡Y cuando yo se lo digo!...

EL DUQUE... INCÓGNITO.



El caballo «Cónsul», de Cimera Martorell, ganador de la copa de S. M. la Reina.

Fots. Marín y Ortiz.

Damas de antaño • La duquesa du Maine

PRIMERO en su palacio de Clagny, en Versalles, y más tarde en sus dominios de Sceaux, la duquesa du Maine, Luisa Benita de Borbón Condé, supo, con su cultivada inteligencia, ya que no con su buen gusto, si hemos de creer á Alfredo Mezières, colocarse á la altura de las más famosas damas francesas del gran siglo y de los tiempos anteriores á la Revolución.

La soberana, la reina de Sceaux, fué, ante todo, una mujer de voluntad, un espíritu ansioso de figurar en primera línea entre las damas que en su tiempo ejercían de Mecenas. Que su marido el duque, hijo de Luis XIV y de la Montespan, prefiriese cinco minutos de charla con la Maintenon á todas las fiestas literarias que daba su mujer, no representa nada en descrédito de la duquesa, cuya buena intención no fué del todo infecunda en lo que atañe al esplendor de las letras y al ingenio francés.

* * *

El palacio de Sceaux (palacio, no hay que traducir en este caso *château* por castillo) fué mandado construir por Colber poco después de 1670. Tuvo por arquitecto nada menos que á Carlos Parrault, el autor de la columnata del Louvre; en su decoración intervinieron Lebrun, el de las *Batallas de Alejandro*, Le Nôtre, Girardon... El duque du Maine compró el palacio en 1700; destruído en la época de la Revolución, fué más tarde restaurado. Hoy lo poseen los marqueses de Trévisé, quienes saben—ó por lo menos sabían antes de la guerra—conservar la tradición de la gloriosa morada.

* * *

Luisa Benita de Borbón Condé era hija del vencedor de Rocroi. Nació en París en 1676 y murió en la misma ciudad en 1753. En el Museo de Versalles hay un retrato de ella, de niña, hecho por Mignard. Casó (1692) con Luis Augusto de Borbón, duque du Maine, por cuyas venas corría, como ya he dicho, la sangre del Rey Sol. Establecidos en Sceaux, tuvo poco que envidiar este palacio al mismo Versalles y al propio Hôtel de Rambouillet, cuyas tradiciones reviven en los salones de la duquesa du Maine. No hace todavía diez años, el general de Piepape consagró un bello estudio á la Du Maine comentando las famosas *Grandes noches de Sceaux*, escritas por la doncella de la duquesa, la señorita Launay, cuyo talento literario descubrió Fontenelle, concurrente como tantos otros á las fiestas literarias de Sceaux.

Representábanse allí comedias y farsas, había torneos de ingeniosidades, se recitaban poesías, se improvisaban fábulas, epigramas, sonetos á la italiana, composiciones de pie forzado. La duquesa, cuya actividad prodigiosa sabían todos admirar, fué toda

¡Pobre Zagalilla!

Tímida y llorosa, la joven zagala
volvía al hogar,
mientras en los prados vibraban los rayos
de la tempestad.

Y tan presuroso cuai la zagalilla
tornaba el rebaño con mudo pesar,
porque aquella tarde los lobos hambrientos
un cordero hurtaron para su manjar.

¡Pobre zagalilla con sus corderillos,
pobre recental!

¡La niña los ojos hinchados tenía
de tanto llorar!

Y al verla su madre llegar apenada,
así la decía con tierna piedad:

—¿Qué tienen, mi Roxa, tus ojos alegres,
tus ojos que siempre risueños están?...

¿Qué tienen tus labios que no me lo cuentan?...

¿Por qué no me miras con dulce mirar?

Y llorando,
la zagala
repetía:

—¡No fui mala
madre mía!

—¡Cuéntame tus penas, dime tus pesares
que tu madrecita te consolará...

¡Y la pobre niña le contó la hazaña
del negro chacal!

—¿Y por eso lloras, mi Roxa del alma?...

¿Por eso tus ojos tan tristes están?...

¡Descanse en mi pecho tu rubia cabeza
y no llores más,
que tal vez muy pronto
otro corderillo como aquél habrá!

—Dígame usted, madre—la zagala insiste—
que no he cometido pecado, ¿es verdad?...

¡Porque tengo un miedo
tan grande á pecar!...

Y contenta,
la zagala
repetía:

—¿Soy ya buena
madre mía?...

ALFREDO CABANILLAS.

su vida una apasionada de los *beaux esprits*. Ningún aspecto de la cultura dejó de interesarle nunca, y hubiera querido, en su afán de perfecciones y refinamientos espirituales, ser, á la vez, poetisa, actriz, danzarina, sabia, entendimiento que lo abarca todo, lo comprende todo y á toda la cultura del espíritu se extiende.

Uno de los pasatiempos con que se entretuvieron más de una vez los asiduos de la «corte de Sceaux», consistía en meter dentro de un saco las letras del alfabeto. Cada *bel esprit* sacaba al azar una letra y entre todos tenían que componer, ya un soneto, ya unas coplas, ateniéndose á las letras que entre todos poseían. ¡Había que exprimir el magín para este género de diversión!

Otras veces se representaban comedias de todos los gustos, desde *La Mère Coquette*, de Guinault, hasta las tragedias de Racine y de Eurípides.

Una curiosidad de las veladas de Sceaux fué la orden de caballería de la «Mosca de miel», fundada y dirigida por la duquesa. El ingreso en la orden de los nuevos caballeros se verificaba con toda solemnidad. Presidía la sesión la Du Maine, teniendo en su mano un cetro de oro y sentada en un trono guarnecido de terciopelo azul, en el que había bordado un enjambre de abejas. El caballero se arrodillaba ante la reina y juraba por el monte Himeto fidelidad á la soberana, respeto á las abejas y amar al placer y á la danza. Entonces la reina le condecoraba con la medalla de la orden, con su propia efigie grabada, que los caballeros se suspendían del cuello con una cinta de color amarillo limón.

Hay una obra, mandada imprimir por la duquesa, donde se contiene el relato de sus fiestas y las composiciones en verso que se hacían en su palacio ó con destino á sus torneos literarios. Se titula el libro *Le recueil des divertissements de Sceaux*. Dice el citado Alfredo Mezières que abundan en él versos muy parecidos á los que componen el soneto de Oronte en *El misántropo*, de Molière, y que, por consiguiente, no merece la pena hojear el volumen. Me atrevo á disentir de esta opinión. Creo que ni Molière censura seriamente su propio soneto octosilabo, ni se puede, en justicia, censurar cuando se aplauden con razón estos otros versos de Corneille:

*Vous aimez que je me range
Après de vous chaque jour,
Et m'ordonner que je change
En amitié mon amour...*

No conozco *Le recueil*, pero á buen seguro contendrá rasgos de ingenio semejantes á los Voiture, Saint-Amand y otros *beaux esprits*, de quienes nos habla Sainte-Beuve.

LUIS ARAUJO-COSTA



Alguien le llama al Hipódromo, en tarde de carreras, la Rosaleda de la Castellana. ¡Y vaya si tiene razón! Sólo que estas rosas de esta Rosaleda, dan y roban. Dan ilusiones y roban corazones.

Fot. Marín y Ortiz.

P A R I S

Cartas del Caballero d'Orsay

PARÍS, 3.—¡Qué tiempo espléndido! París reluce como una joya al Sol de una primavera temprana. Se siente uno más joven, más sano, más alegre y emprendedor. Si como se dice estamos próximos á la Revolución social que nos ha de poner al servicio de un proletariado zafio, aprovechemos estos últimos resplandores de una época que se va para galopar en caballos de raza por las *pelouses* y senderos del *Bois*, jugar al golf y al tennis bajo los árboles centenarios, correr en automóvil camino de Versalles, de Fontainebleau ó de Saint Germain, asistir á los teatros, á las comidas, bailar, bailar hasta olvidar que existen huelgas, carestía de la vida, dificultades económicas. Me dirá usted, amigo *León Boyd*, que esto no es serio y que acaso sea dar un mal ejemplo á los de abajo. Mal ejemplo ¿por qué? ¿Hay algún mal en gozar de la vida sin perjudicar á nadie? ¿Acaso si los de abajo estuvieran arriba harían otra cosa? Peor, cien veces peor que nosotros y si no que lo diga Rusia. El estar alegre no es un delito ni una falta, ni siquiera un pecado. Yo estoy alegrísimo. Debe ser el buen tiempo, mis 20 años y la cantidad de fiestas á que concurre, quizás con el exclusivo objeto de encontrarme á cierta personita rubia; pero esto no le interesa usted.

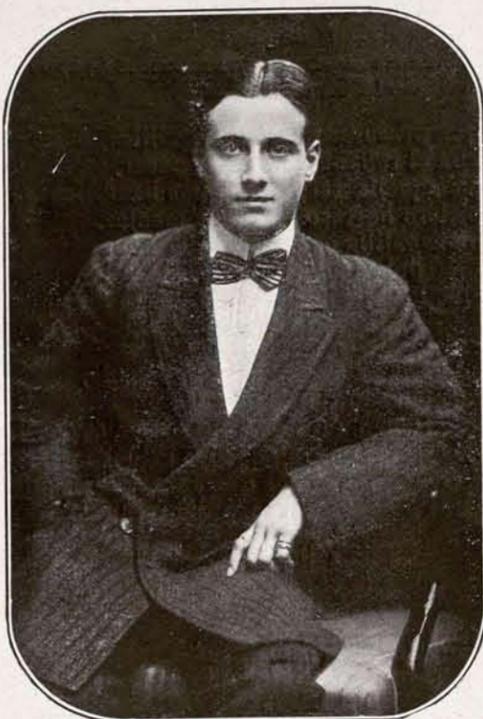
Estuve en el elegantísimo baile «Rose» ofrecido á sus amigos por la espiritual condesa de Roederer (nacida Sainte Alary) en su hermoso hotel de la rue Freycinet, cuyo decorado, mueblaje histórico y admirable colección de pinturas formaban un fondo apropiado á la brillantez de la fiesta. En el gran salón destacábase el célebre cuadro de Gustave Moreau que representa al Rey David, sentado en un trono bizantino.

Las *toilettes* de las damas acentuaban una nota que ya he advertido en otras fiestas aristocráticas: la moderación. Esas *toilettes* desaforadas que lucen actrices y demimondaines son ya destinadas por los grandes modistos sólo para la exportación. París se viste más discretamente. Los descotes son más reducidos, los matices muy tenues como el gris velado; está de moda el negro con adornos de plata ó de oro, y entre los colores vivos se prefiere el verde.

El baile á que vengo refiriéndome fué dado en honor de la hija de los dueños de la casa, la bellísima vizcondesa de Rochefort que, en unión de su marido y de aquéllos, hizo los honores á los jóvenes matrimonios invitados.

Lucía la vizcondesa una primorosa y juvenil *toilette* blanca, con grandes volantes de linón, tul y encajes que recordaba los vestidos de la época «Veronique» y del vizconde Florestan. Sobre el bello conjunto albo brillaban hermosos brillantes y sutiles bordados de plata.

Entre las señoras también llamó la atención el vestido de la linda baronesa Antoine de Brimont (nacida de Beaumont), que se engalanaba con tules negros bordados en oro al estilo armenio. Un cinturón verde sujeto por broche de brillantes y esmeraldas completaba la originalísima y artística *toilette* que armonizaba á maravilla con el perfil clásico, las negras trenzas y los ojos azabachinos, llenos de inteligencia, de la dama. Reconocimos en el baile Roederer á la joven duquesa de Audiffret-Pasquier, las dos Princesas de la Tremoille, que llevan por su matrimonio los títulos de Princesa de Ligne y marquesa de Blacas, á la condesa Raimundo de Vogüe, (nacida de Saporta), condesa de Feis, Baronesa Roberto de Rothschild, marquesa de Jumilhac,



D. José María de Soto.

CHISPERAS

Ha de crecer la afición á los toros, aquí más que en Sevilla, mientras haya en Madrid una mantilla y la lleve Blanquita de Borbón.

No lo toméis á guasa. La morena es el fuego que calcina; la rubia, el sol que abrasa. Como quiera el marqués de Camarasa —por María Josefa y por Cristina— bomberos en su casa, le sale un voluntario en cada esquina.

No busques otra tierra y otro cielo, que es mimarte, nombrarte en castellano. ¡Nunca levantes de Madrid el vuelo, Paloma Montellano!

Lo que á ti yo te dijera, Carmen Viñaza, no esperes, que por ser tan hechicera no cabe en una «chispera» todo lo guapa que eres.

Todo en ti es tan seductor, alegre y encantador, que no creas que exagero: pensando en ti, Mary Gor, me traje á casa un salero buscando un ventilador.

Todos con la misma historia: que Dios en tu mirada puso imán... Lo que puso en tus ojos ¡fué la Gloria!, Fefa Suárez Inclán.

Eres, Blanquita Casal, ideal. Yo llamo á tu casa Tesoro de Arte. Allí cualquier cosa vale una fortuna; pero el más artista, después de mirarte, ¡no mira ninguna!

Se ha enterado la gente torera de que es enfermera María Tovar, y como un *tovareño* les coja piden la Cruz Roja ¡á todo gritar!

—¿Qué es Lolita Chicheri?—preguntaba un inglés al oír que la nombraba un madrileño, neto, en Inglaterra. Y oyó que el madrileño contestaba: Es... «el Cielo en la Tierra».

MADRILES

condesa de Mun, [marquesa de Marescot, (nacida Pozzo di Borgo), baronesa Napoleón Gourgaud, que de soltera se llamó Mlle. Gebhard, etc. etc. En la misma noche asistí á otros bailes, en casa del vizconde de Párci, casa de madame van Henkelom y casa de los señores de Hottinguer que daba un baile blanco.

Las recomendaciones de Monseñor Amette han tenido efecto y los bailes en la buena sociedad carecen ya de la exageración un tanto atrevida que hacía recordar en los salones aristocráticos l'Abbey de Eheleme ó al viejo Maxim. No es que se haya abandonado el fox-trox y el *one step*. Es que se fox-trotea con moderación en la forma de danzar.

Felizmente pasó también el furor de las orquestas negras, al estilo americano, que habían llegado á ser un insoportable estrépito de ruidos salvajes y discordes, capaces de enloquecer á cualquiera. ¡Vayan benditas de Dios!

La vieja Europa recobra felizmente la dirección de la moda, que en momentos de extravagancia cedió á Norteamérica. Su distinción, depurada á través de los siglos, se impone de nuevo.

En la sociedad parisiense ha producido *sensación* una novela que se ve en todos los *boudoirs* elegantes.

Me refiero á «La influencia del ambiente», firmada por José M.^a de Soto, joven argentino, cuya larga permanencia en Francia y admirable conducta durante la guerra le han dado carta de naturaleza entre nosotros.

Soto era sólo conocido como hombre de mundo lanzado en los salones más cerrados y difíciles de París, donde tenía un éxito extraordinario, debido á su amabilidad, á su maestría de bailarín, á su elegancia, al tono de refinado buen gusto con que recibía á sus amigos en su Villa-Montmorency y en su hotel de la rue de Prony. ¡Oh! ¡Aquellos sus bailes *ultra-chics* de antes de la guerra! Nadie en París ha olvidado el baile «blanco y negro», por el cual la Villa-Montmorency fué transformada, de suerte que ni un solo objeto tuviera color. Todo era blanco y negro. Las damas se presentaron tocadas de «blanco y negro», pero dentro de la mayor fantasía. ¡Qué bella estaba la duquesa de Granmont! ¡Qué espiritual y sugestiva la marquesa de Brantès!

Soto nos ha sorprendido á todos con su novela, cuyo asunto se desarrolla entre Buenos Aires y París entre gentes *archi-bien*. Confieso que no amo las obras de los *amateurs*. Comencé á leer el libro sólo por curiosidad; pero pronto me ganó el encanto de esta novela, llena de realidad, de recuerdos felices, de descripciones brillantes, que nos presenta cuadros de la vida bonaerense, muy atractivos por su novedad para los europeos que jamás fuimos á Ultramar. La novela está escrita en estilo sencillo y sin afectación. Los diálogos son graciosos, flexibles y ondulantes como la vida misma. El libro está teniendo un éxito enorme de venta y de lectura.

Y luego dirán que los hombres de mundo no sirven para nada. Pasa precisamente lo contrario: el hombre de mundo, por haber cultivado con el trato social su voluntad y su inteligencia, es capaz de adaptarse y amoldarse á todas las disciplinas.

Hombres de mundo han sido muchos de los héroes de esta guerra y hombres de mundo serán los de la paz.

EL CABALLERO D'ORSAY.

EL TALLER DE SAN CRISPÍN

El santo patrón del gremio de zapatería me valga y me perdone!
 ¿Cómo pudo soñar al merecer la canonización que iba á tener por devotas un coro de angelicales criaturas, un grupo de damitas madrileñas de las que más puntos calzan en cuanto á belleza y distinción?

Hasta para con los santos guarda privilegios la suerte.

¿Que qué es ese taller? ¡Pues una tontería!

Por las babuchas de Mahoma afirmo que hasta no verlo no lo creí.

Y válganme las botas de montar del gran Napoleón, con espuelas y todo, que por mi incredulidad, regalé mi vista con uno de los espectáculos más interesantes y curiosos con que en mi vida me tropecé y encontréme, no con la horma de mi zapato, sino con las más preciosas hormas de los más preciosos zapatos.

¡Bueno! Pues como la vida está cada vez más difícil de soportar, las lindísimas hijas de Eva han decidido poner pies en pared.

En cuanto al calzado, han determinado, antes de proclamar de moda á la devota y mística orden de las Descalzas Reales, hacer la prueba de ver si consiguen ellas ornamentar sus diminutas bases con sus propias manos, diminutas también.

Ante las desaprensiones abastecedoras de la época, que han abierto de par en par las ventanas de la codicia haciendo del robo una forma de comercio, hay que tomar medidas, y en tanto que los hijos de Adán sólo servimos para lamentarnos, la mujer, ese *caprichito celestial* recopilación de todas las gracias divinas, se va á lo práctico, y ya en París ha contestado á la subida escandalosa de precios de los guanteros, decretando que es cursi el uso del guante, y todas van con las manitas al natural; en Berlín ha descubierto, ó está á punto de descubrir, *la píldora alimenticia*, que permitirá la supresión del fogón y de la *Menegilda*, y en Madrid, donde las aristocráticas manos femeninas han aprendido ya á hacer sombreros, vestidos y hasta alfombras, ha formado una cofradía que se puede bautizar con el nombre de «Taller de San Crispín», y actúa..., no digo dónde, porque me lo han prohibido, para que el Fisco no las haga pagar el impuesto ó contribución industrial, pero que la máquina fotográfica sorprendió en uno de los instantes de funcionamiento.

Sí diré que es una mansión que más parece estudio de artistas y que aquello es mucho mejor que el Paraíso terrenal, porque las Evas son muchas y á cual más bonita, y no hay Adán ni serpiente.

En el ya aristocrático gremio ofician, como *maestras*, las bellas y elegantes damas D.^a Amalia Gómez de Pascual, D.^a Luisa Echenique, viuda de Ciudad; D.^a María Zurita de Pellicer y D.^a Carmen Luque de Gobart; como *oficialas*, los preciosísimos pimpollos María Pilar, Mari-bel y Conchita Castro



Señoritas: Luisa Echenique, Pilarcita F. Aguilera, Mari-Bel Castro, Carmen Hernández Briz, Carmencita Echenique, Gloria F. Aguilera.

García Paton, Carmencita Echenique Marqués, Pilar y Gloria Fernández Villota, María Ciudad, Mari-Carmen Rodríguez y Anita Durbán, y en concepto de aprendizas, las requetemonísimas Carmen Her-



Hay que tomar muy bien todas las medidas.

nández Briz, Pilar y Gloria Fernández Aguilera y Elenita Martínez Feduchi.

Creo que es una *corporación* ¿eh? ¡hasta allí!
 —¿A nosotras zapateritos careros?—hubieron de decirse—. ¡Sí, sí!

Se reunieron, cuchichearon, compráronse hormas, cuchillas, leznas, martillos, tirapiés, tijeras, tenazas, suela y... á trabajar.

—¿Y la piel?—preguntó alguna.

—¿La piel? Se compra á gusto de cada consumidora, y si no nos la quieren vender ó cuesta cara, se le quita á cualquiera.

¡Hombres! ¡Hombres! ¿No nos da vergüenza?

Como no soy egoísta, he querido haceros partícipes del delicioso rato que pasé en aquella fábrica de zapatos, verdadero edén, y ahí tenéis para que se recree vuestra vista á la monísima Mari-bel Castro, dirigiendo la construcción de unos zapatos de tafilete para una amiguita que se casa muy pronto y quieren, ella y las *oficialas* que la ayudan, que entre *con buen pie* en el matrimonio.

Son estas *oficialas*: Luisa Echenique, la hermosa viudita, encargada en aquel instante de batir la suela, y que, como ustedes ven, puede batir el *record* en cualquier concurso de belleza.

Aguilera, cose. ¡Hay que ver qué labor de pespunte! Así sabe atar los corazones. Carmencita Echeni-

que corta el patrón de la plantilla. Corte especial hasta de un pelo en el aire. Aquella su mirada es una cuchilla de doble filo.

Aguilera afila la suya por si falla la de Carmencita, que no falla, y Carmencita H. Briz, de pie, da los últimos toques á un zapatito. Tan bonita como buena y modesta parece que no hace nada y sin embargo es la *correctora*.

El martillo y la lezna sobran en este obrador. Los ojos machacan y atraviesan con una dulzura y una suavidad que hay que envidiar al material.

Calculad lo que estas mujercitas serán capaces de inventar para hacer dichosa la vida en su casa. ¡Como que son mujeres españolas!

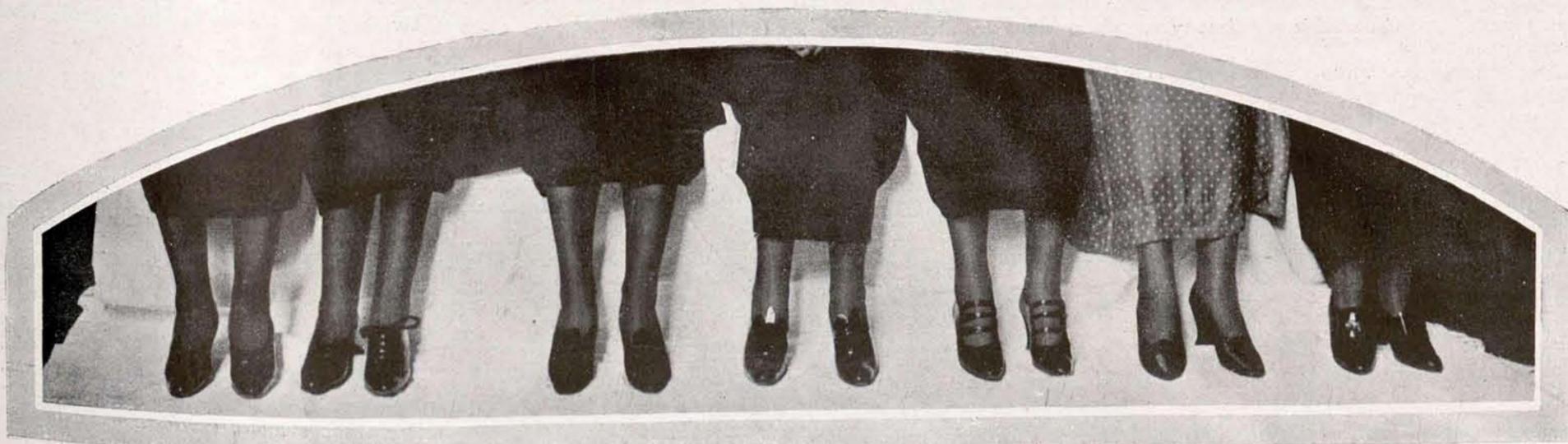
Miren ustedes ese zócalo con catorce pies, que son la perfección suma. He ahí el escaparate del género estupendo, clase *extra*, fabricado para siete *parroquianas*. Ahora, que las hormas...

Esos *siete* pares de zapatos tienen *siete* pares de bemoles.

¡Siete! Número afortunado y significativo. El de los sabios Grecia, el de las partidas del Código del Rey Sabio, el de los días de la semana, el de las virtudes, el de los colores del Arco Iris, el de las notas del pentágrama, el de la duración de cada una de las fases de la luna y de las enfermedades graves, el de los Sacramentos (no olvidarse que el último es el del matrimonio), y, en conclusión, el número *siete* es el prudente para plantarse en el juego de «las siete y media.»

Y aquí me planto yo, á los pies, que beso, de las siete dueñas de estos tan lindos escarpines y agradecidísimo á sus bondades y á la santa resignación con que han soportado *al objetivo* y á mí.

XAVIER CABELLO LAPIEDRA.



Los zapatitos en sus «hormas».

Fots. Marin y Ortíz.

Bodas

LA crónica de bodas ejerce siempre una atracción especial. En la vida no hay nada tan agradable como reflejar la dicha ajena. Y las bodas son la representación de la ventura más acabada; por eso son tan gratas de relatar.

¿No es un encanto ver tantos semblantes risueños, tantas luces, tantas flores, que nos hablan de esfuerzos conseguidos, de aspiraciones logradas, de promesas ciertas? Y cuando las familias de los contrayentes son simpáticas y los novios lo son también, ¡miel sobre hojuelas!

Así pensábamos la otra mañana en la iglesia parroquial de San Francisco, viendo entrar a una novia muy linda y simpática para recibir la bendición nupcial.

María Luisa Bas y Rivas, hija del senador conservador, que contraía matrimonio con el joven e inteligente ingeniero D. José Nicolás Urgoiti y Somovilla.

¡Qué bonita estaba la novia! Llevaba un elegante traje de tisú de plata, adornado con valiosos encajes. Una diadema de flor de azahar competía con las ricas joyas en realzar la belleza de la señorita de Bas.

Dos preciosas niñas—dos verdaderos encantos—llevaban la cola del traje de la novia: eran Josefina Oteyza y Soledad Ussía, que estaban monísimas.

Bendijo la unión el arzobispo preconizado de Valladolid, D. Remigio Gandáségui, y fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia.

Como testigos firmaron el acta: por parte de ella, el ministro de Gracia y Justicia, conde de Bugallal; el ex ministro Sr. Ruiz Jiménez, el hermano de la novia, D. Federico, y el Sr. Garriga, y por parte del novio, el general Bascaran, D. Manuel Aznar y los señores Colás y Urgoiti (D. Ricardo).

En el mismo claustro de la iglesia se sirvió a los invitados un espléndido lunch.

Los recién casados salieron aquel mismo día para Algeciras. Y fueron despedidos entre cordiales felicitaciones, a las que unimos la nuestra desde el primer momento.

Otra boda fué en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso. Unieron para siempre su porvenir la bella señorita Carmen Ortiz de Villajos y Guillén y D. Manuel Moxó y Durán, perteneciente a distinguida familia catalana.

El templo estaba preciosamente adornado con guirnalda de rosas blancas, y el altar mayor materialmente cubierto de flores.

La novia estaba encantadora, vistiendo un precioso traje de tisú blanco y plata adornado de valiosos encajes antiguos y luciendo un hilo de gruesos brillantes, regalo del novio.

Los futuros esposos entraron en el templo del brazo de sus padrinos, que eran la madre de ella y el general de Ingenieros Sr. Rodríguez Mourelo, ayudante de S. M. el Rey.

A uno y otro lado del altar mayor colocáronse los testigos, que eran: por la novia, su tío D. Ricardo Guillén, el duque de Medina de las Torres, D. Manuel García Acilu, D. Julio Ortiz de Villajos y D. Luis Guillén, y por el novio, el marqués de Bellzunce, los capitanes de Ingenieros señores Ramírez de Cartagena y Laclaustra y D. Juan Ortiz de Angulo.

El obispo de Sión bendijo el enlace y pronunció después una plática. ¿Quién no conoce el arte que siempre ha tenido para sus pláticas el famoso D. Jaime Cardona? El elocuente prelado, que a pesar de su edad mantiene vigorosa su energía espiritual, conmovió a cuantos le oyeron con el acierto y la oportunidad de sus frases.

Después, en la misa de velaciones, ofició el rector del Buen Suceso, D. Mariano Morlans.

Desde el templo, los concurrentes, que fueron muchos y muy distinguidos, se trasladaron al Hotel Ritz, donde fueron obsequiados con un espléndido almuerzo.

La gente joven bailó luego durante toda la tarde.

Los señores de Moxó, a los que deseamos eternas felicidades, salieron para sus posesiones de Iriepal. Desde allí se trasladaron a Barcelona, donde han fijado su residencia.

Mundo Mundiillo...



BIEN se está portando la señorita Primavera! Siempre fué la florida damita protectora de los enamorados; y esta vez ha demostrado su cariño hacia ellos, prodigándoles los dones de la felicidad mientras que ella se vestía con sus mejores galas.

Y ¿qué mejores dones para dos seres que se quieren que aquellos por los cuales se ve realizada ó próxima a realizarse la ilusión de la vida? El acto en que formalizamos una boda hemos dado en llamarle petición de mano, que equivale a decir enlace próximo; con lo cual ya sabemos que están cercanos los matrimonios de las lindas señoritas que a continuación citamos, cuyas manos han sido pedidas últimamente.

¿Quiénes son ellas? Veamos. La encantadora señorita de Patiño, hija segunda de los marqueses de Castelar. Su mano ha sido pedida por los condes de Aybar para su hijo, el joven oficial de Artillería don Pedro González de Castejón.

La princesa Victoria de Ratibor, hija del último embajador de Alemania en Madrid. Pidió la mano el marqués de Elduayen, para su hijo, el poseedor de este título.

La bella señorita Pilar Carvajal y Santos Suárez, hija segunda de los duques de Aveyro. La petición fué hecha por la señora viuda de Arcos, para su hijo, el distinguido diplomático D. Carlos Arcos y Cuadra.

También han sido pedidas las manos: de la bella señorita Leonor Eraso y López de Ceballos, para su primo D. Gonzalo López de Ceballos y Ulloa, conde de Peña Castillo, hijo de la condesa viuda de Campo Giro; de la encantadora señorita María Matilde Pichardo y Amblard, hija del encargado de Negocios de Cuba en España—diplomático y poeta—, D. Manuel Serafín Pichardo, para el joven doctor en Derecho y contador de la Armada D. Luis Díez de Pinedo, perteneciente a hidalga familia castellana; de la bella señorita Carmen Azpeitia, hija del ilustre ingeniero D. Florentino, profesor de la Escuela de Minas y uno de los más esclarecidos ingenieros, para el catedrático y gentilhombre de Su Majestad D. Francisco Hurtado del Valle; y de la también muy bella señorita Georgina Padilla y Satrustegui, hija de nuestro ministro en Portugal, para el distinguido diplomático D. Ignacio Muguero y Muñoz de Baena, que presta sus servicios en la Legación de España en Lisboa.

* * *

De una novia a su novio.

—Mira, cuando nos casemos, yo quiero que los dulces de la boda sean de *La Duquesita* (Fernando VI, 2) y vayan en esos sortijeros de alabastro que *La Duquesita* ha puesto de moda.

* * *

No olviden ustedes que estamos en Primavera, que es la época de las flores y que las más bonitas son las que vende José Abajo, Montera, 40.

* * *

Si nos preguntaran que cuál es el mejor obsequio a una dama, les diríamos que una joya.

Si nos preguntaran que quién las tiene más bonitas, les diríamos que Sanz (hijo), Peligros, 14.



Notas de pésame

EN los momentos de dolor por que atraviesa la marquesa viuda de Candelaria de Yara-yabo, la acompañamos nosotros con toda nuestra efusión.

Su hijo, D. Enrique Vaillant y Tordesillas, marqués de Ustariz, que contaba veinticuatro años, falleció víctima de rápida y traidora dolencia, después de recibir los auxilios espirituales.

A la desconsolada madre, a los hermanos y a su abuela la condesa viuda de Patilla enviamos nuestro pésame más sentido.

* * *

También ha sido muy sentida por la sociedad de Madrid la muerte, en Buenos Aires, de D. Juan de la Cerda y Cortés, hermanastro del duque de Parcent.

Tanto este ilustre aristócrata como la viuda del finado y sus sobrinos los marqueses de Fuente el Sol, de la Laguna de Cameros Viejos y de Belmonte y la condesa del Villar, han recibido numerosos testimonios de cariño y simpatía. A ellos unimos el nuestro, muy sincero.

* * *

Se ha cumplido ahora un año de la muerte de aquella dama a quien tanto quisimos y que tantas simpatías supo conquistarse: María Ramos Power de Fernández de Heredia. ¡Un año! Y parece que fué ayer cuando la veíamos surgir de entre sus padecimientos con su cara bellísima y su alma risueña. Pero ya hace un año que aquella flor de Andalucía cayó también, tronchada por la Muerte.

Su recuerdo vive. Que no es fácil borrar de nuestro corazón ni las impresiones tristes que en él se grabaron, ni los recuerdos dichosos que en él pudieran inculcarse. Y a su viudo, D. Luis Fernández de Heredia—hombre todo bondad, ya repuesto de la operación que le ha sido practicada—, y a su hermana, la señora viuda de Corradi, reiteramos nuestro pésame en esta fecha dolorosa.

* * *

También se han cumplido ahora los seis meses del fallecimiento de la ilustre dama D.^a Isabel Vinent y O'Neill, marquesa de Vinent y viuda de Hoyos, de tan grata memoria para la sociedad de Madrid.

Fuó buena, fué elegante, fué inteligente. Cuantos la trataron la querían y la estimaban.

Y al cumplirse ahora los seis meses de su muerte, todos sus buenos amigos han renovado el homenaje de su duelo a sus hijos el marqués de Hoyos y el notable escritor D. Antonio, marqués de Vinent.

También nosotros les renovamos nuestro pésame más sentido. Como también se lo reiteramos a la marquesa de Zornoza, hermana de la finada.

* * *

Los Sres. de Orfila (D. Francisco) pasan en estos momentos por el gran dolor de haber visto morir al menor de sus hijos, niño de corta edad, que era el encanto de un hogar feliz.

A los desconsolados padres acompañamos en estas horas de pesar irremediable.

* * *

Un aniversario. El día 28 se han cumplido siete años del fallecimiento de aquella virtuosa dama que se llamó D.^a María de los Dolores de Ussía y Aldama y fué esposa del también fallecido marqués de Urquijo.

Por su alma se dijeron misas en numerosas iglesias de Madrid y otros puntos.

Sus hijos y nietos han recibido con este motivo nuevas reiteradas pruebas de afecto de toda la sociedad de Madrid, a las que unimos la nuestra más cariñosa.

* * *

Para los seres queridos que ahora han descausado para siempre y para aquellos cuyo recuerdo se aviva hoy en nuestra memoria, por el triste conjuro de tristísimas fechas, queremos ofrendar en estos días de primavera, el homenaje de las flores más delicadas que en los jardines madrileños broten; flores que no habrían de marchitarse nunca, porque vivirían como nuestros recuerdos.

EL COMEDOR

Con frecuencia me he preguntado la causa de que los principios de mesa resultan tan silenciosos, que si prestáramos un poco de atención, casi llegaríamos a percibir el ruido de las mandíbulas chocando glotonamente...

El caballero, sentado al lado de una señora, la mira de reojo, con una mirada indiscreta que trata de descubrir el encanto de sus hombros, hipócritamente revelados. Luego se atreve a admirar la redondez nacarina de su garganta de cisne, y por fin sus miradas tímidas... van deslizándose a lo largo de unos brazos frágiles y se detienen con fruición en unas manos finas y diáfnas que tienen el sentido innato de los gestos armoniosos y que saben realzar su forma perfecta con estudiados movimientos: al levantar una copa, al romper una corteza de pan... Esto sirve para que las valiosas sortijas, que dócilmente acarician sus dedos, atraigan las miradas codiciosas o admirativas de los demás comensales... Cualquier pretexto es oportuno para entablar conversación — para romper el hielo, como dicen los franceses — aun entre dos seres que nunca se hablaban: el aterciopelado

del «portage à la crème Sevigné», la rareza de «hors d'œuvre» exóticos, los reflejos color gemas del vino que el criado, impasible, vierte en la copa cristalina...

Y la señora, en fin, dichosa de poder hablar a su vez y de poder contar a su galante vecino anécdotas indiscretas sobre gente conocida, y a medida que la atmósfera se va cargando de los densos vapores de los manjares y de los brevajes, las conversaciones se tornan más animadas, más expresivas, más alegres. Diríase que la frialdad, la rigidez que presidían al principio de la comida se va derritiendo bajo la varita mágica del poder vital de los alimentos.

Para la dueña de la casa, el arreglo de una mesa es una tarea compleja, muy difícil de realizar sin cometer algún olvido ¡o algún error! Desde luego la organización de la mesa cambiará del todo, según la calidad y el número de sus convidados, y también si se trata de personas de su intimidad o de otras que sólo ha conocido superficialmente.

La mantelería, la orfebrería, la vajilla y la cristalería, en una palabra, todo lo que se refiere al adorno de la mesa, tendrá una fisonomía diferente.

Para una comida selecta hay muchos detalles que a primera vista parecen insignificantes, pero que precisamente por su insignificancia tienen para la gente de la buena sociedad una importancia capital.

La elegancia, como la buena educación, no es más que el conjunto armonioso de una infinidad de detalles ínfimos que no se pueden aprender. Sólo el tacto y la educación nos los revelan. Es como una especie de advertencia interior que nos dice en voz baja: «Esto está bien; esto está mal».

Ha sido también muy discutida la cuestión de la colocación de los convidados, y sobre todo, de sentar a los de alta categoría en sillones, en lugar de sillas como los demás.

Muchas personas, muy bien enteradas, han adoptado la costumbre de reservar dichos sillones para la dueña de la casa o al dueño, en caso de ausencia de ésta, y al convidado en honor de quien se ofrece la cena.

De antemano, la dueña de la casa habrá indicado a su «Maître d'hôtel» el lugar que debe ocupar cada uno de sus convidados. Creo no equivocarme al decir que han desaparecido de nuestras mesas aquellos tarjetones floridos que hallábamos al pie de las copas, señalándonos el sitio que nos habían reservado, los cuales recuerdan fielmente las luchas políticas

pues parecían decirnos: «aquí está el nombre de vuestro candidato».

Como consecuencia de esto, tampoco existe ya el monumental «surtout» que adornaba el centro de la mesa, y semejaba a la urna en la cual debíamos echar nuestra papeleta...

Como por desgracia o por suerte, todos aquellos que nos reciben no tienen el privilegio de vestir su servidumbre con las libreas tradicionales: calzón corto de casimir blanco, medias de seda y levita de paño azul oscuro, ribeteado de galones con los colores de la casa, me parece más lógico, aunque menos vistoso, el immaculado traje blanco, semejante al uniforme que visten los oficiales de marina durante el verano.

En todo caso, este último traje es preferible al clásico y antiestético frac negro que visten los criados en determinadas ceremonias. ¡Cuántas veces les ha ocurrido a personas algo miopes... confundir el humilde lacayo con un ilustre huésped!

Creo inútil insistir en que los que presentan los platos, deben llevar guantes de hilo, blanco. Esta advertencia no la hago para mis lectoras, sino para ciertos «nuevos ricos» cuyos errores nos divierten discretamente...

El arte supremo de la anfitriona es saber dirigir, encauzar la conversación general y tener para cada uno de sus invitados frases amables que le hagan esperar con ansiedad la cartita de ritual: «Le esperamos a cenar el lunes próximo a las nueve...»



Tenemos aún el capítulo del menú que, sin duda, habrá motivado grandes quebrantos de cabeza a la noble dama que nos invitó.

Hoy en día es de buen tono componer un menú cuyos manjares sean para los convidados un rompecabeza chino.

Lo selecto de lo selecto es que los comensales se queden intrigados ante la rareza de los manjares.

Al saborear, por ejemplo, un sencillo puré de lentejas, diremos a nuestra vecina, algo extrañada como nosotros: «Qué suculentas son, les délices de la Du Barry».

No cabe duda de que dentro de algunos años, quizá muy pocos, los progresos culanarios adelantarán tanto, que las apetitosas cocinas de antaño se transformarán en higiénicos laboratorios y nuestras rubicundas cocineras de largos delantales azules, en severos químicos con gafas imponentes y guardapolvo de immaculada blancura, y que en vez de consultar las recetas de «la tía María», consultarán manuales científicos de títulos extrabóxicos.

CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS MARIA RIVERO, 11



EL PIANO MANUALO

es incomparable a todos los autopianistas similares

PIANOS

BALDWIN
STEINWAY
IBACH

Muebles de lujo. Muebles de estilo
Muebles para despachos y oficinas
Antigüedades. Linoleum

Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34
Madrid



Guardamuebles
Muebles de ocasión. Entrada libre



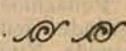
LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. 

New England

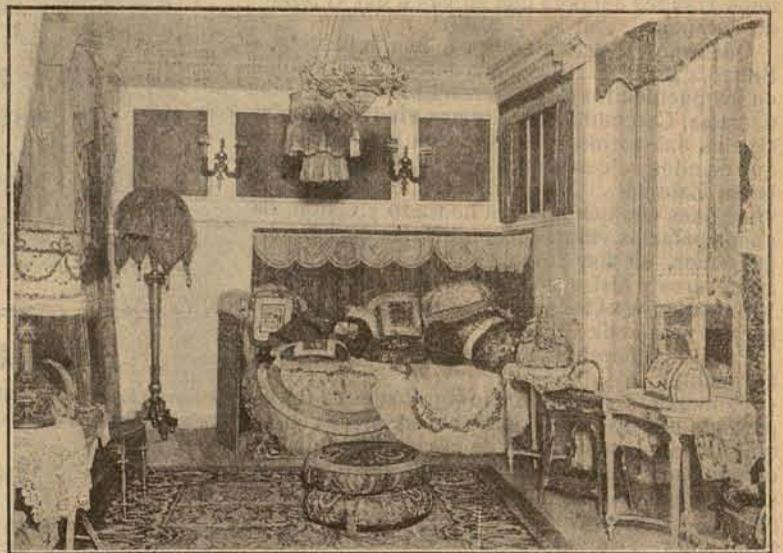
Corbatas
Medias de seda
Camisería
Objetos de Arte
y
Fantasía

Madrid

Carrera de San Jerónimo, 29



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.



Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en
CORTINAJES ARTISTICOS, ALMOHADONES FLAFONIERS,
etc., etc.

Luis Vinardell

Azulejos  Mosaicos
Pavimentos
Cuartos de baño
Aparatos sanitarios



Exposición:
Alcalá, n.º 12. = Madrid



Alesanco

Perletería :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

DOS PALABRITAS

A NUESTROS AMIGOS

¿Nos permiten ustedes dos palabritas? Seguramente sí, porque ustedes son muy amables. Vamos a ver: el veraneo se aproxima; todos ustedes, nuestros amables favorecedores, abandonarán pronto Madrid y no por eso querrán ustedes verse privados de la visita decenal que VIDA ARISTOCRÁTICA les hace.

¿Verdad que no? Bueno; pues para que este buen amigo—que eso es este periódico—pueda seguir visitando a ustedes y contarles todo cuanto ocurra en la vida elegante del campo y las playas, no tienen más que avisar a nuestra Administración diciendo: Que me sigan enviando la Revista a tal sitio. Eso sí, indicando muy claramente las señas para evitar confusiones o extravíos.

Y nosotros, sin aumento ninguno de precio (y eso que no saben ustedes las amarguras que pasamos, sobre todo con la cuestión del papel) les enviaremos VIDA ARISTOCRÁTICA a sus residencias estivales.

Pensamos veranear como si fuéramos unos grandes señores. En medio de todo, lectores, lo somos. Vivimos con decencia, pagamos religiosamente y al contado a todo el mundo, nadie ha llamado dos veces a nuestra puerta, no carecemos totalmente de inteligencia... Pues lo dicho: unos grandes señores que se van a dar el postín de veranear.

Queremos ir a Santander, a San Sebastián, a Bilbao, a Biarritz... Queremos detenernos también en los pueblecitos de la Sierra: El Escorial, Guadarrama, Cercedilla... Queremos visitar los principales balnearios para contaros las fiestecitas que en ellos se celebran: La Toja, Mondariz, Solares, Zaldivar... Queremos atender algunas invitaciones con que nos han honrado y visitar algunos palacios veraniegos del Norte de España; queremos, en fin, contaros todo lo que pueda interesaros y distraeros. ¿O creían ustedes que VIDA ARISTOCRÁTICA no tenía meditado su plan para el verano de 1920?

Pues, sí, señores, sí, lo tiene y ciertamente muy agradable.

Ya nuestros redactores fotógrafos andan preparando sus máquinas para «sorprender» con su objetivo algunos detalles de la vida inquieta del verano: hoy aquí, mañana allí; ya nosotros, los vie maneamos la pluma, andamos preparando maletas y baules, y, sobre todo—y esto es lo más encantador—, ya muchos de nuestros suscriptores (ellas y ellos) nos han prometido con una gentileza sin límites, enviarnos notas y fotografías de sus excursiones, residencias y veraneos. ¡Dios les pague tanta bondad! Y nosotros también si ellos lo quieren.

De modo que ya saben ustedes—así, por encima—nuestro plan: vida en las casas solariegas, en las colonias de la Sierra, en las playas, en los balnearios... Las carreras de caballos, los concursos de *tennis*, las regatas... Los bailecitos y las excursiones... Las notas mil que no podemos prever.

Conque... ¿les agrada a ustedes todo esto? Creemos que sí, tenemos la esperanza de que sí, casi nos permitimos la seguridad de que sí, a juzgar por el favor que nos han dispensado ustedes—amables amigos—desde nuestra aparición.

Y... Y... (¡Ay! qué cortedad nos da decirlo, pero... no hay más remedio.) Con respecto al pago de los recibos durante los meses de verano, pueden hacer lo que más les acomode: o que los sigan pagando en sus casas de Madrid las personas que dejen encargadas de ello, o abonar ahora los tres o cuatro meses que piensen estar fuera, o, en fin, lo que les sea más cómodo. Nosotros tenemos ya en nuestra administración ejemplos de los dos casos.

Y ya que hablamos de estas cosas de recibos, tan poco simpáticas, pero tan necesarias, damos las gracias a todos los que, siguiendo una sana costumbre o atendiendo bondadosamente nuestro ruego, dieron y han dado orden de abonarlos a su presentación.

Nosotros lo agradecemos mucho, claro que sí; pero los pobres cobradores—que a veces les señalaban en cinco casas el mismo día y la misma hora—lo agradecen más.

Por fortuna, ya son muy pocos suscriptores los que se han olvidado de dar la orden aludida. Y en cuanto caigan en la cuenta, tenemos por seguro que la darán. ¡Es tan sencillo!

VIDA ARISTOCRÁTICA

REVISTA DEL HOGAR

GOYA, 3 - MADRID - TEL. S. 583



Nicolás Martín

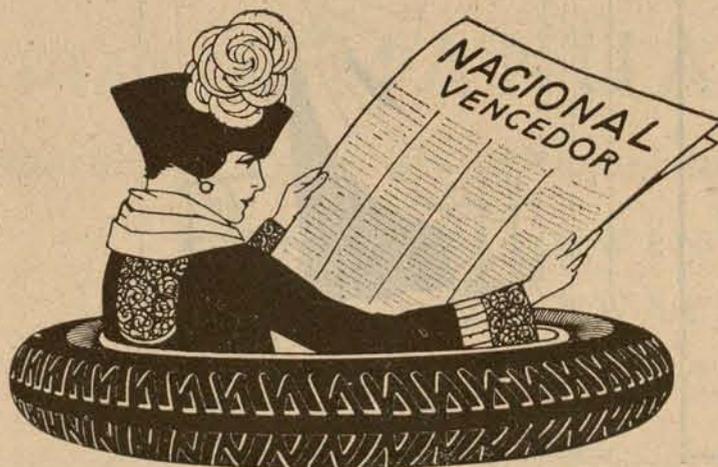
Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid.

ARENAL, 14

Efectos para uniformes, sables y espadas y condecoraciones.

UNA ACLARACION

Por un error de pluma dijimos en un reciente artículo consagrado a las famosas bodegas de Domecq, en Jerez de la Frontera, que la cantidad de vinos y coñacs existente en ellas era de 15.000 litros. El buen sentido de nuestros lectores habrá salvado, sin duda alguna, la equivocación, pues 15.000 litros sólo entre los numerosos operarios y obreros de las bodegas se consumen en menos de veinte días. Quisimos escribir—¡esos pícaros ceros!—15.000.000 de litros, y aun nos quedábamos cortos, porque es aún más de esa cifra la que alcanza la cantidad de coñacs y vinos almacenados en casa de Domecq. Y excusamos decir con cuánto gusto hacemos hoy esta justa aclaración.



LOS LUNES DEL RITZ

¡Viva la terraza del Hotel Ritz! Sin duda es uno de los sitios más agradables de Madrid. Así se ve de concurrida. El lunes último presentaba un aspecto brillantísimo. Y con las mesas de españoles alternaban varias de extranjeros que se encuentran accidentalmente en esta corte. Recordamos algunos comensales.

Con los condes del Rincón comieron la marquesa de Movellant, recién llegada de Jerez y de paso para Comillas, y sus hijas, la segunda de las cuales es un tipo de belleza española.

Con los marqueses de Benicarló y sus hijos, los condes de Paredes de Nava y el embajador Sr. Polo de Bernabé.

Los duques de Santa Elena sentaban a su mesa a los condes de Velle y su hija, señores de López Roberts y las suyas, conde de La Granja y Sr. Rodríguez Escalera.

La belleza argentina tenía digna representación en la mesa que ocupaban, con sus respectivos esposos, la señora de Tornquist y la de Maura y Gamazo (D. Antonio). Los señores de Maura saldrán en la semana próxima para la Argentina.

Para despedir a su madre, que después de pasar una larga temporada en Madrid regresa a California, dieron una comida los señores de Palmer, sentando a su mesa a los señores de Montañés, consejero de la Embajada de los Estados Unidos Mr. Caffery, marqueses de Castel Bravo y de Molina y capitán Dorsey.

En otra mesa se sentaba una dama que ostenta uno de los más ilustres títulos españoles, la duquesa viuda de Frías. Acompañábala su hija, una bella joven recién puesta de largo.

Con los señores de Bosch y Labrús comieron los condes de Calharis, la marquesa de San Carlos de Pedroso, señores de Laiglesia, señores de Areces, señores de Fabra, señores de Girona, señorita Cristina Borbón y otros.

Con los condes de Buena Esperanza, los marqueses de Tenorio, señores de Alvarez de la Rivera, Mme. Scassi e hija y Sr. Almagro.

Con los señores de Eizaguirre, los de Pidal, los de Cañedo, señorita de Bermejillo, condesa del Recuerdo, señoritas de Benjumea y señores Almodóvar y Caro.

Con los condes de Albiz, algunos extranjeros. En otras mesas estaban los marqueses de la Ribera y su hija, los condes de Casa Puente, M. y Mme. de Vienne, barones de Meyendorf, marqueses de Belmonte, señores de Urquijo, Cavestany y Traumann, ministro de Chile y señora de Fernández Blanco, ministro de Holanda, ex ministros D. Santiago Alba, Alvarado y duque de Almodóvar, el duque de Santo Mauro, el conde de Casa-Valencia y muchos más.

Después de la comida se organizó animadísimo baile.

EL "ALMANAQUE DE GOTHA" PARA 1920

(Continuación).

Completamos nuestros informes acerca de esta importante publicación con algunas noticias referentes a la República checoslovaca.

El nuevo Estado tenía en 1.º de Diciembre de 1919 una superficie aproximada de 141.600 kilómetros cuadrados, con una población de 13 millones de habitantes de diferentes razas, idiomas y religiones, pues residían en los antiguos territorios de Bohemia, Moravia y Silesia, que pertenecían al imperio de Austria y a los de Eslovaquia y Rutenia (al Sur de los Cárpatos), que formaban parte del reino de Hungría.

Praga, capital de la República, cuenta con 224.000 habitantes, y siguen con más de 50.000 habitantes Bruun, Pilsen, Presburgo, Weinberge, Zizkow y Smichow.

La organización provisional de su Ejército se ha efectuado con los cuadros del antiguo Ejército austrohúngaro, nutridos con voluntarios y los núcleos importantes de checoslavos que durante la guerra se formara en Francia, Italia y Rusia.

En breve resumen quedan consignadas algunas de las novedades del *Almanaque de Gotha* para 1920, cuya importancia no necesitamos encarecer a nuestros lectores.